

Fondo orteguiano en la obra escrita de Julián Marías

por JUAN SOLER PLANAS

Preguntarse por el origen de un pensamiento significa buscar más allá de él su explicación. Con otras palabras, lo que no se explica por sí mismo, pone necesariamente la cuestión de su principio; y viceversa, todo lo que no es principio lleva dentro de sí “su” explicación. De ahí que el mero hecho de preguntarnos por el origen del pensamiento filosófico de Marías nos instala fuera de él y nos obliga a dar razón de su “inexplicabilidad” sin un principio que lo justifique. ¿Cuál es ese principio de justificación, cuya presencia hace legítima la explicación que buscamos? O también, ¿es Marías realmente “inexplicable” sin Ortega?¹

Es preciso partir de un hecho histórico afirmado constantemente por Marías a lo largo de su ya dilatada vida intelectual. Afortunadamente el testimonio de su dependencia de Ortega ha sido repetido por él en todos los tonos. Adopta a veces las modulaciones de una valiente confesión, se manifiesta otras con la energía de quien pretende salvaguardar el honor de su alcurnia, y es siempre expresión del alto sentido de fidelidad y de devoción, mantenido a ultranza en todos los avatares de la vida, al “padre”, maestro y amigo. Por otra parte, su testimonio oral o escrito —con ser mucho— está lejos de serlo todo en la explicación del hecho en su complejidad; ahí está su obra, la cual, como producción del pensamiento, es un grito que en todo momento nos mantiene alerta para verificar y legitimar los principios de donde procede. Además, el hecho es de tal evidencia, que es reconocido ampliamente por todos

N. R. Este artículo forma parte del estudio —de inminente publicación en Taurus Ediciones—, que el autor ha dedicado al pensamiento y obra de Julián Marías.

¹ Cf. IF., Obras II, XXIII. (Prólogo a las ediciones americana e inglesa).

los que se han ocupado de filosofía orteguiana en y fuera de España, simpaticen o no con la obra filosófica de Ortega y de sus discípulos.

El estudio histórico-genético de este hecho comporta, entre otras exigencias, la de examinar atentamente cuál es el papel de Marías en La Escuela de Madrid, en tanto que ésta representa el pensamiento de genuino y auténtico linaje orteguiano. Para ello será menester considerar el conjunto de su obra escrita y descubrir en ella la dimensión que le corresponde a Ortega.

Podría parecer, a primera vista, que no hay ilación alguna entre la cuestión acerca del puesto que ocupa Marías en La Escuela de Madrid y la necesidad de indagar la parte que le cabe a Ortega en la obra escrita de aquél. Sin embargo, la hay y muy estrecha. Efectivamente, buscamos una ilación explicativa de aquella pertenencia peculiar, que llamamos filiación intelectual de un pensamiento filosófico. Ahora bien, esa pertenencia en lo que tiene de peculiar no puede explicarse sólo por “una puesta en marcha”, porque la inercia en lo intelectual es la muerte, es el principio destructivo del carácter abierto de todo discipulado digno de tal nombre; sino que exige algo más, mucho más, para ser entendida, en cuanto que frente al quehacer filosófico es preciso andar uno mismo el camino *haciéndoselo*. Y esto es cabalmente la obra filosófica “filial”, la obra que denuncia su procedencia y al mismo tiempo la explica. Hay que acercarse, pues, al impulso primigenio. Así se ve en qué medida es urgente la tarea de averiguar la influencia orteguiana en la producción de Julián Marías, como condición necesaria de su explicación genética y de su naturaleza “escolar”.

Apenas sale Marías de la Universidad, recién estrenado el título de su licenciatura en Filosofía, retumba en España el mayor estampido en lo que va de siglo: la guerra de 1936, y con ella sobreviene la inevitable separación física de maestro y discípulo, a causa de la ausencia de Ortega, quien durante ocho años había de permanecer, ya en Europa ya en América, fuera de España. Conviene recoger minuciosamente los hechos intelectuales que acaecieron durante esos años de ausencia, “precisamente aquellos en que inicié mi actividad personal —recuerda Marías— y publiqué mis cinco primeros libros”.²

Durante este período Ortega le escribió dos cartas; la primera, en mayo de 1939, después de terminada la guerra, y la segunda, cinco años más tarde, en 1944. En esta última, le decía: “Es usted el único que ha acertado en la táctica para estos tiempos: hacer, hacer, hacer...”. Del tiempo transcurrido entre una y otra carta, escribe: “Después me volvió a dejar casi solo, renunciando escrupulosamente a intervenir en mí, a ejercer ninguna acción inmediata”.³

² Prólogo a Ort. I., p. 27.

³ EM., Obras V, 380.

Es particularmente interesante ese período biográfico, en que Julián Marías hace sus primeras armas en filosofía, período por lo demás, en que “las circunstancias me llevaban —dice— a escribir libros”.⁴ El interés está potenciado, sobre todo, por las circunstancias históricas y personales que caracterizaban ese lapso de tiempo; me refiero, importa dejar constancia de ello, a las circunstancias concretas de relación intelectual. ¿Cuáles son éstas? Hélas aquí expresadas por el propio Marías:

“En esos ocho años en que no lo ví (a Ortega) ni recibí orientaciones tuyas, en que me quedé solo con sus libros, los cuadernos de notas de su cátedra, sus recuerdos, en que tuve que movilizar mi pensamiento personal, fui descubriendo progresivamente la verdad del suyo. Al acercarme a las cosas, sentía que me iba acercando cada vez más a él. Lejos de toda sugestión, expuesto más bien a todo género de tentaciones adversas, la fuerza misma de las cosas me iba empujando hacia el núcleo mismo de donde había brotado la filosofía de Ortega. Sus conexiones iban apareciendo al ponerla a prueba; la eficacia de sus respuestas se descubría al tropezar con ellas, no de un modo pasivo e inerte, sino acuciado por problemas personales. Cada día me sentía más hondamente instalado, a nivel distinto, en una filosofía repensada, revivida, prolongada hacia direcciones a que mi propia vocación me llevaba. No se escapó esto a Ortega que años después había de escribirme: “En realidad se ha hecho usted discípulo mío *después* de dejar yo de ser profesor, en estos años de ausencia mía y de reconcentración y de madurecimiento de Vd.”⁵

Tal vez este adverbio “después”, subrayado en el mismo texto, sea la clave para explicar uno de los rasgos más sobresalientes de la misteriosa *simbiosis* maestro-discípulo. Pero sobre esto habrá que volver después de haber dilucidado la cuestión que traemos entre manos; baste por ahora tomar nota de ello, puesto que todavía nos movemos en los dominios de las condiciones previas de la filiación intelectual.

Siguen los años en que Ortega vuelve a España, alternando sus estancias en Madrid con viajes frecuentes a otros países europeos hasta poco antes de su muerte. A principios de ese decenio, 1945-1955, empieza a llamar “nuestra” aquella filosofía que va plasmando en obras su discípulo. A fines de 1948 se inicia “nuestra colaboración en el Instituto de Humanidades,⁶ al cual gene-

⁴ *Ibidem*, 214. Junto a estas palabras, escritas en 1952, se encuentra el siguiente inciso: “Algún día tendré que decir unas pocas palabras sobre esto, pero todavía no es su hora”. Esas “pocas palabras” pueden hallarse en *Vtr.*, Obras VII, 433-39.

⁵ *Ort. I.*, p. 27.

⁶ Sobre el sentido de las nuevas Humanidades y el propósito del Instituto, véase: Ortega y Gasset, J. y Marías, J. *Instituto de Humanidades*, *RevPsGenApl.* 3 (1948) 449-68. El libro de Marías “*El método histórico de las generaciones*”, contiene la redacción de un

rosamente me asoció —recuerda con orgullo no disimulado Marías— aprovechando nuestra identificación y nuestra total independencia, nuestro común “no tener nada que perder”. Y en los años que siguieron hasta su muerte, largas conversaciones —dos cada día—, paseos por el Retiro verde o dorado, cartas interminables en las ausencias, constantes ajustes de la filosofía o la amistad, y siempre proyectos, proyectos, proyectos”.⁷

Estas son las circunstancias históricas y personales, que condicionan ineludiblemente y en sus inicios la “biografía” del pensamiento de Marías, quien a raíz de la muerte de su maestro, al que llama “mi mejor amigo”, ha escrito: “Nunca sabría decir lo que debo a Ortega. No es posible decirlo, hay que serlo”.⁸ Es decir, más allá y por encima del deber, invoca la imperiosa radicalidad del ser. Aunque el sentido de esa expresión se refiera obviamente a toda la persona en lo que mira a su dimensión filosófica, y sin querer identificar por las buenas a un autor con su obra, no carece sin embargo de fundamento la extensión de este concepto a la obra misma —como habremos de ver enseguida—, en cuanto que ésta, en lo que tiene de más íntimo, su ser, no sería absolutamente sin su principio constitutivo. A eso llamamos “presencia”, o también “fondo orteguiano en la obra escrita de Marías”.

Dos advertencias todavía: La primera es que muy mal se entendería esa expresión, si se la redujera a los límites de una presencia fosilizada o de mero archivo formal de la filosofía orteguiana, con aires de “monopolio”; no, se trata de una *presencia actuante*, de una influencia en continuidad de acción. Y la segunda: Por “obra escrita” entendemos aquí, no sólo los siete volúmenes aparecidos hasta el presente con el título *Obras*, en los que Julián Marías ha recogido la mayor parte de su producción, sino también todas las demás publicaciones, ensayos y artículos, que, si bien en muchas ocasiones tienen poca apariencia estrictamente filosófica, son no obstante manifestación de su pensamiento y acusan desde luego la impronta orteguiana.

Para reducir a cierta unidad las pruebas, que hacen patente la influencia de Ortega en esa obra escrita, podríamos agruparlas en torno a la exigencia de su continuidad “escolar”. Según opinión de Laín Entralgo, “la nota descriptiva que en primer término ofrece la obra intelectual de Marías es su voluntaria, firme y leal *tradicionalidad*; una tradicionalidad, apenas habrá que advertirlo,

curso de doce lecciones, pronunciado en el Instituto de Humanidades, de Madrid, desde el 14 de diciembre de 1948 hasta el 8 de marzo de 1949”. Cr. McG., Obras VI, 3. Acerca de otras actividades de Marías en el Instituto, puede verse EM., Obras V, 428; y sobre sus resultados, cf. InM., Obras IV, 559-60, y en la misma obra el ensayo “La Universidad, realidad problemática”, p. 537.

⁷ Ort. I., p. 28. Para otros datos biográficos pertenecientes a ese período, puede consultarse EM., Obras V, 437-41.

⁸ EM., Obras V, 381.

sobremañera distinta de la que entre nosotros suelen nombrar las palabras “tradicción” y “tradicionalismo”.⁹

Excluido el sentido peyorativo, que sugiere las rígidas formas de “presencialidad”, “integrismo” y “ucronía”, se abre la perspectiva de una tradicionalidad a distinto nivel, en la que ciertamente actúa la autoridad del maestro, haciendo las veces de impulso y estímulo hacia nuevas conquistas posibles del pensamiento. ¿Cuáles son, pues, las formas de sana tradicionalidad orteguiana en la obra escrita de Marías? Creemos que son principalmente tres: 1. Fidelidad a la escuela filosófica iniciada por Ortega. 2 Interpretación de sus líneas doctrinales. 3. Apología de la obra filosófica del maestro.

1. En cuanto a la primera, son especialmente reveladoras las palabras escritas por Marías en 1946: “Desde que en 1940 compuse a mis veintiseis años, una *Historia de la Filosofía*, apenas se encontrará una línea en mis escritos donde no esté actuante esa tradición (entiéndase escuela filosófica). Pero no se piense en ninguna apelación al *deber*; se ha tratado de algo incomparablemente más profundo: el *ser*... Por eso no he podido renunciar a mi inserción a esa escuela filosófica, porque hubiera sido renunciar a mí mismo, en la medida en que mi vida y mi persona están definidas por la filosofía”.¹⁰

Hay que añadir que la aparición de la *Historia de la Filosofía* señaló el principio, sorprendente por cierto, de una actitud intelectual con voluntad resuelta de continuidad orteguiana. “Decididamente, un libro sobre el conjunto de la historia de la filosofía quizá sólo pueda escribirse en plena muchachez, en que el ímpetu propulsor de la vida puede más que la cautela. Simpático gesto de entusiasmo; en definitiva, ello es de esencia del discipulado intelectual”, —escribió Xavier Zubiri en el Prólogo a la primera edición—. Este acontecimiento, por lo demás, no pasó desapercibido a la crítica, que, al recalcar por una parte “la no pequeña dosis de capacidad, cultura, esfuerzo y entusiasmo del joven filósofo Julián Marías”,¹¹ admiró, por otra, el prodigio de asimilación que suponía, según se desprende del énfasis con que lo explica el P. Iriarte: “Lo que llama la atención es que haya sido un joven de veintisiete años quien haya emprendido tarea tan audaz y tan complicada, imponiéndose la tarea de trasvasar en un tomo el saber de sus maestros junto con la exposición del pensamiento universal. El hecho debe quedar bien subrayado. Es un mancebo este Julián Marías que se ha apropiado la literatura de sus

⁹ LAÍN ENTRALGO, P. *Las «Obras» de Julián Marías*, Insula 156. (1959) 3.

¹⁰ EM., *Obras V*, 211-12.

¹¹ PRIETO, T., recensión crítica en *La Ciudad de Dios* 154 (1942) 191-94. El Padre Prieto critica sobre todo “el silencio absoluto sobre el actual, vigoroso y auténtico resurgimiento de la metafísica de Aristóteles y de Santo Tomás, cuyo centro principal es Lovaina”.

profesores, su visión europea, su entonación culturalista, su escrupulosidad filológica y fonética, su erudita presentación de obras y autores, incluyendo, ya se entiende, el aseo tipográfico y aquella distinción de quienes saben discutir y aun discrepar sin perder nunca la debida corrección científica y social”.¹²

Además, la *Historia de la Filosofía*, desde su primera edición (1941) hasta la decimonona (1966), se cierra con el estudio dedicado a “José Ortega y Gasset, el máximo filósofo español”,¹³ y en ella pueden contarse alrededor de cuarenta citas expresas, por lo menos, de Ortega, sin incluir naturalmente las que corresponden a la exposición de la filosofía orteguiana. Esas citas vienen a ser un claro exponente, no tanto del acervo de pensamiento debido propiamente a Ortega, cuanto del entrañable afecto que le profesa el discípulo; véanse, si no, por vía de ejemplo, los lugares en que lo cita junto a los nombres de los mayores filósofos de la historia, o también en la frecuente repetición: “Ortega ha visto esto con extremada claridad”,¹⁴ u otras expresiones semejantes. Y eso, sin lugar a dudas, puede afirmarse de toda la producción intelectual de Marías.

Fijemos seguidamente nuestra atención en la *Introducción a la Filosofía*, publicada en 1947, refiriéndose a la cual, seis años más tarde, Marías había de escribir: “No se puede partir de la filosofía; esto quiere decir que hay que llegar a ella. Esta es la razón —no ninguna anécdota intelectual o biográfica— de que el primer libro de filosofía en el pleno rigor del término que he escrito —hasta ahora el único— sea una Introducción a la Filosofía”; y al pie de página, en la edición de *Obras* (1959), añade en una nota: “Hoy tendría que añadir *La estructura social*, 1955”.¹⁵ No se olvide que la Introducción está dedicada por su autor “a mi maestro Ortega”, y por eso, después de recordar el pasaje orteguiano de las *Meditaciones del Quijote* que dice: “Yo sólo ofrezco *modi res considerandi*, posibles maneras de mirar las cosas”, insiste Marías,

¹² Cf. RAZ FE., 122 (1941) 371-75. Al P. Iriarte le parece una hipérbole que esta Historia se base, “en su mayor parte, en una labor de primera mano sobre los textos clásicos”, y opina que muy bien puede derivarse de “Nestle y Eibl para la filosofía antigua, de Gilson y Grabmann para la medieval, de Messer y Vorländer para la moderna”.

¹³ Esta expresión, sostenida por Marías desde el principio, ha sido objeto de duras críticas. Para citar un caso extremo, véase Cardeñoso Pajarcos, E. *A los intelectuales de la España nueva*, Ortega y Gasset el máximo filósofo español (Julián Marías), en *Resurrexit* 16 (1956) 64-66. Y desde otro punto de vista, Gil Ortega, U. *La filosofía de Ortega y Gasset*, *Lumen* 4 (1955) 289-311; 17 (1956) 3-22; y 18-19 (1956) 213-35.

¹⁴ H.F., *Obras* I, 117 y 294.

¹⁵ ET., *Obras* IV, 339. Sobre esta obra de Marías, *Ensayos de Teoría*, escribe el P. Nemesio C. Caminero: “Las notables obras filosóficas, que en los últimos quince años ha producido Julián Marías, le han dejado todavía margen para dedicarse ocasionalmente a pequeños ensayos sobre temas y autores sueltos. A pesar de la improvisación y de la urgencia con que han

como si quisiera disipar el temor de ser mal interpretado, en que “el lector de este libro tiene delante lo que he logrado ver mirando las cosas de esa manera”.

Debemos a la pluma del Prof. Zaragüeta —“maestro de muchas generaciones universitarias”, en frase de Zubiri— el siguiente juicio: “Julián Marías tiene ya una acusada personalidad en el ámbito filosófico español. Ahora, por primera vez, nos sorprende con una obra de tipo doctrinal, que titula “Introducción a la filosofía”... Toda la obra refleja este signo de la nueva filosofía (la de Ortega), asimilada con relevante personalidad por el concienzudo discípulo del maestro”.¹⁶

Si es verdad que la *Introducción a la Filosofía* es punto de partida a la vez que meta del quehacer filosófico de Julián Marías y llena, considerado de esta suerte, un doble cometido: a) es, por una parte, resumen o esquema del total pensamiento del autor y, en consecuencia, puede ser utilizado como *carta de marcar* en la exposición de zonas específicas de la filosofía de éste, pues el resto de la producción de Marías es la elaboración particularizada y “circunstancial” de los problemas esbozados en la *Introducción a la Filosofía*; b) cumple, además, la misión de mostrar cómo cada uno de esos retazos “circunstanciales” encaja y se funde, *more biographico*, con los demás, lo cual pone de relieve la coherencia y pertinencia —la estructuración vital— del pensamiento del autor”;¹⁷ si esto es verdad, repito, y sinceramente creo que lo es, puesto que basta hojear los siete volúmenes de las *Obras* para constatar con qué frecuencia remite Marías a su *Introducción a la Filosofía*, huelga multiplicar las pruebas, que por ser innumerables, nos apartarían de nuestro propósito.

Esto no obstante, por tratarse de uno de los últimos libros de nuestro autor, no podemos renunciar a aducir unas palabras que por sí solas son la prueba más contundente de la veracidad de nuestros asertos. En el “Epílogo en forma de diálogo” de la obra *Consideración de Cataluña* (1966) ha escrito: “Todo este libro no significa otra cosa que un intento sincero de aplicar la razón histórica a la realidad de Cataluña”.

Dejemos, pues, bien asentado que el fondo orteguiano en la obra escrita de Marías ofrece resueltamente un carácter de fidelidad a la escuela filosófica de Ortega, y que ello constituye en fin de cuentas el título legítimo de su filiación intelectual.

tenido que escribirse a veces estos escritos menores, se advierte siempre en ellos un gesto de maestría y dominio y una concepción del asunto desde puntos de vista muy personales e inesperados...”. Cf. *Pensamiento* 12 (1956) 93.

¹⁶ ZARAGÜETA, J. *Una nueva Introducción a la Filosofía*, *RevFil.* VI (1947) 297-329.

¹⁷ LÓPEZ-MORILLAS, J. “La obra junta de Julián Marías”, en *Intelectuales y espirituales*, p. 231.

2. "Hauptinterpret Ortegas ist Marías".¹⁸ Es esta afirmación tan exacta, que aun los que le niegan a Marías otros títulos, tienen que reconocerle, quieran que no, éste de ser el portavoz principal, el intérprete más destacado de la escuela. Sin entrar por ello en polémicas, que no hacen al caso, séanos permitido traer aquí sólo dos testimonios, entre los muchos que podríamos aducir, para confirmar lo que venimos diciendo: "El magisterio de Ortega se revela en Marías de una manera decisiva y, sin duda, absorbente. La personalidad del maestro se ha impuesto plenamente al discípulo, hasta el extremo de que Julián Marías ve el mundo desde el punto de vista de Ortega... Marías es un fiel discípulo de Ortega... un *claro expositor* de los temas de la metafísica de la razón vital..."¹⁹

Y otro todavía más expresivo, en el sentido de que achica hasta lo increíble el cometido filosófico de Marías, a quien reconoce por "el más fiel "a la letra" entre los discípulos de Ortega... Sin Marías, Ortega no contaría con mayor-domo de ideas".²⁰ Ya se ve de buenas a primeras que *por lo menos* Marías es un intérprete, un expositor, un comentarista, un mayordomo de las ideas de Ortega. Debemos preguntarnos cuál es el fundamento real de semejantes expresiones, prescindiendo desde luego del matiz negativo que tienen esas afirmaciones en los textos citados, puesto que un juicio filosófico sobre ellas excede totalmente los límites del presente ensayo.

Aunque sea bastante considerable, sobre todo después de la publicación de *Ortega I. Circunstancia y Vocación*, la parte de su obra que Marías ha dedicado al estudio del pensamiento filosófico orteguiano, no por eso puede relegarse al olvido la *otra* parte, que, cuando menos, requiere una explicación. Sin embargo, un acercamiento a aquella parte de labor intelectual, que se ciñe de propósito al comentario o a la exposición, es rigurosamente imprescindible, si queremos justificar la segunda nota de la tradicionalidad orteguiana de Marías.

Después de lamentarse del desconocimiento general del primer libro de Ortega, *Meditaciones del Quijote*, escribe Julián Marías en 1950: "Algún día me propongo hacer una edición con lo que llaman los humanistas "comentario perpetuo", a razón de dos o tres líneas por cada una de texto; y es posible que provoque algún rubor al mundo intelectual de lengua española".²¹ Y cinco años más tarde repite el propósito de comentar ese libro, "que está por leer,

¹⁸ Cf. *Der Grosse Herder. Nachschlagewerk für Wissen und Leben. XII Band. Ergänzungsband II. Freiburg i. Br. 1962, col. 1297.*

¹⁹ IZQUIERDO, J. *Notas sobre una trayectoria. Julián Marías y la «razón vital»*, IndArtLetr. 104 (1957) 8-9. (Subrayado mío).

²⁰ MUÑOZ ALONSO, A. *Expresión filosófica y literaria de España*. Barcelona 1956, pp. 131-32.

²¹ EM., Obras V, 224.



interpretar, beneficiar".²² El comentario había de editarse en 1957 por la Biblioteca de Cultura Básica de la Universidad de Puerto Rico. En la introducción titulada "El primer libro de Ortega", ha precisado el comentarista su propósito: "Al comentar las *Meditaciones del Quijote*, al seguir, paso a paso, su andadura, al nadarlas onda a onda, sólo me propongo una manera más intensa de lectura, en que las notas sirvan de ayuda para provocar ese vaivén de la mente en que consiste el movimiento dramático, esa actualización de todo lo ya narrado, representado, acontecido, y de todo lo que se va anticipando, porque está presente en el *argumento*".²³

Del éxito conseguido con el comentario son prueba fehaciente las siguientes frases encomiásticas de López-Morillas: "Las notas de Marías a las *Meditaciones del Quijote* constituyen, juntamente, con la introducción, testimonio cabal de esa lectura. No queda en el libro de Ortega rinconada por visitar, oquedad por alumbrar, alusión por resolver, concepto por glosar... Pero hay bastante más, justamente lo de mayor valía. A la tarea de *exponer* asocia Marías la de *elaborar*, lo cual le obliga a rebasar en ocasiones la linde del comentario "sensu stricto".²⁴

En el ensayo "Ortega y la idea de la razón vital", fechado en mayo de 1948 e incluido posteriormente en el libro *La Escuela de Madrid*, encontramos un texto en que Marías hace hincapié en el carácter "provisional", como dijera en la Nota preliminar a su Historia de la Filosofía, que tiene su exposición de la doctrina filosófica orteguiana:

"No es mi propósito —escribe— exponer aquí la metafísica de Ortega, ni siquiera en sus líneas generales, por la sencilla razón de que las obras sistemáticas que la contienen no han sido publicadas todavía. Sólo se trata, pues, de indicar brevemente y con la mayor precisión posible el núcleo central de la filosofía orteguiana, en que va implícito germinalmente su sistema entero, con una finalidad doble: en primer lugar, hacer comprensibles sus escritos publicados hasta ahora, en su referencia necesaria a esa doctrina metafísica en que están todos ellos fundados; en segundo término preparar y facilitar la intelección de los libros de próxima aparición, en que ese sistema alcanza su expresión íntegra y madura". Y en la nota que sigue a ese párrafo, nos dice Marías en cuáles de sus obras hay que buscar "otros detalles y expresiones", y, por tanto, cuáles son sus libros dedicados total o parcialmente a la explicación de la filosofía de su maestro: "*Historia de la Filosofía; Introducción a la Filosofía*. Este último no es una exposición del pensamiento de Ortega,

²² EM., Obras V, 388.

²³ MQ., p. 19.

²⁴ Cf. *Intelectuales y Espirituales*, pp. 159-60.

pero sí una aplicación del método de la razón vital a los problemas filosóficos. Véase también mi *Comentario a las Meditaciones del Quijote* y, sobre todo, el primer volumen de mi libro Ortega".²⁵

Realmente es el *Ortega I. Circunstancia y Vocación* "la primera piedra del gran edificio crítico que Julián Marías consagra a la obra y el pensamiento del maestro Ortega y Gasset... Quedará sin duda como un libro clásico y capital en la bibliografía orteguiana".²⁶ Como era de esperar es en esa obra en donde iba a perfilarse el carácter "interpretativo" de la acción intelectual de Marías, que viene a ser la justificación del libro.

Por supuesto se parte del hecho de "que la filosofía de Ortega, y en general su obra intelectual, es poseída hoy adecuadamente sólo por muy contadas personas de manera suficiente". Anticipa la hipótesis de que esta anomalía sólo tiene explicación partiendo del dato histórico de que "la filosofía de Ortega nunca fue *expuesta* por su autor de la manera que éste pretendió y deseó durante muchos años de su vida", y además pueden hallarse otros motivos teniendo en cuenta "las condiciones de receptividad del público de nuestro tiempo". El libro se presenta, pues, como una exposición *interpretativa* de la filosofía de Ortega, como una "necesidad de enfrentarse con ella de un modo aún más activo y creador que el que exige la asimilación y comprensión de *toda* filosofía; o, si se prefiere, de suplir con una acción intelectual nuestra las deficiencias que la realización de la obra pública de Ortega muestra cuando se la compara con lo que fue su pretensión, con lo que hubiera asegurado —al menos por su parte— las condiciones óptimas de su eficacia histórica".²⁷

En consecuencia podemos afirmar que el segundo carácter de la tradicio-

²⁵ EM., Obras V, 319. Cr. también HF., Obras I, 432.

²⁶ CANO, J. L. *El «Ortega» de Julián Marías*, Insula 166 (1960) 8-9. Sobre esta misma obra, el P. Caminero, en *Gregorianum* XLI (1964) 751-52, ha escrito: "El primer tomo ha resultado una obra maestra de penetración biográfica, interés literario y comprensión abarcadora de los más distintos horizontes en que se movió Ortega el gerifalte (sección I), Ortega el escritor (sec. II) y Ortega el filósofo (sec. III)".

Véase la perplejidad y discrepancia de Díaz de Cerio, F., "el que más concienzudamente ha estudiado las "mocedades de Ortega", en frase del mismo P. Caminero en *Ortega, póstumo* (expresión acuñada por el propio autor, cf. *Crisis* 9 (1962) 245-95), en cuanto a lo que Marías denomina "la condición de icebergs" de los escritos orteguianos, como también acerca de otras particularidades de interpretación de ciertos hechos históricos. Cf. *José Ortega y Gasset y la conquista de la conciencia histórica*, pp. XIV-XVI.

Francamente negativo es el juicio de Fernández de la Mora, G.: "Me temo mucho que los árboles no dejen ver el bosque". Cf. *Ortega y el 98*, p. 200, n. 80 bis.

²⁷ Or. I., pp. 21-22.

²⁸ Tomamos aquí esta palabra en el sentido orteguiano de las *Meditaciones del Quijote*, según el comentario de Marías. Cf. MQ., pp. 21, 35-36, 190.

nalidad orteguiana de Julián Marías, o sea la interpretación doctrinal que nos ofrece, debe entenderse en el sentido de comentario “salvador”,²⁸ de *exposición “nuclear”*, y de *suplencia activa y creadora*.

3. Por último y brevemente, sólo para dejar constancia de un rasgo característico de una parte mínima de los escritos de Marías y que, hasta ahora, no ha querido incluir en ninguno de los volúmenes de sus *Obras*, es preciso hacer una referencia explícita a la apología de la obra filosófica de Ortega.

La literatura propiamente *polémica* de Julián Marías, prescindiendo naturalmente de algunos artículos sueltos y ciñéndonos tan sólo a sus libros escritos “ad hoc”, ocupa en total las 218 páginas de su *Ortega y tres antípodas*, editado el año 1950 en Buenos Aires, y las 44 de *El lugar del peligro. Una cuestión disputada en torno a Ortega*, cuaderno Taurus aparecido en 1958. En la primera de estas obras afirma que “jamás na tenido el propósito de *demostrar* que Ortega tiene una filosofía, sino más bien el *mostrarla* y ayudar a su comprensión, porque, siendo notoria, no es nada fácil”;²⁹ en la segunda, “esto me obliga —tómese en serio la palabra— a decir, contra mi más íntimo deseo algo sobre el asunto”.³⁰

Una y otra obras son ocasionales, con la diferencia de que aquélla, compuesta en vida de Ortega, pretende salir al paso, como ya indica su título, a la postura intelectual diametralmente opuesta a la de Ortega, sostenida por tres religiosos, dos de ellos españoles y uno mejicano;³¹ y ésta, responde a la triste y lamentable contienda intelectual, porque eso fue —según puede apreciarse por el estilo, muchas veces nada edificante, de quienes intervinieron de una y otra parte—, la polémica ocasionada por la publicación del libro debido a la pluma del “Hauptkritiker”³² P. Santiago Ramírez, O. P. *La filosofía de Ortega y Gasset*, y el escrito anónimo publicado en la revista *Religión y Cultura*.³³

²⁹ Ob. cit., p. 168.

³⁰ Ob. cit., p. 12.

³¹ Según Marías los “antípodas de Ortega” son tres Padres de la Compañía de Jesús: J. Iriarte, J. Roig Gironella y J. Sánchez Villasoñor. El subtítulo de la obra es: “Un ejemplo de intriga intelectual”. Cf. Iturrioz, J. *¿Intriga intelectual contra Ortega?* RazFe 143 (1951) 568-91.

³² Cf. *Der Grosse Herder*, loc. cit.

³³ *Religión y Cultura* 10 (1958) 321-26. Esta polémica se extendió como reguero de pólvora en el ámbito intelectual de España y fuera de ella. Todavía recuerdo la información detallada que el P. Caminero nos daba a nosotros sus discípulos en aquellas inolvidables clases de *Historia de la Filosofía* en la Universidad Gregoriana de Roma. No es posible entrar en detalles acerca de la contienda, sólo de nombres y títulos habría que llenar varias páginas. Pueden servir para dar una idea aproximada —entiéndase bien, sólo aproximada— de lo que me atrevería a llamar “el escándalo intelectual del 58”, sin que por ello entremos en la valor-

A fin de cuentas son escritos que podríamos calificar de “presión”, y, en consecuencia, por lo que refiere a nuestro estudio, tienen el valor de marcar un vivo “contrapunto” en ese fondo armónico que es la influencia orteguiana en la producción intelectual de Marías, llamado con razón “el discípulo por antonomasia de Ortega”.³⁴

De todo lo dicho se desprende:

1.º Que la pertenencia de Julián Marías, con títulos propios de *discípulo*, *intérprete* y *apologista* de Ortega, a la Escuela de Madrid, es incuestionable.

2.º Que su obra, considerada en su procedencia, en su “venir de”, es de filiación intelectual orteguiana, y, por tanto, es radicalmente inexplicable sin Ortega.

Pero, ¿es sólo eso? ¿Es inteligible la auténtica filiación intelectual *reduciéndola* a su origen? O, por el contrario, ¿exige *algo* más? Queden esas preguntas en el aire y en espera de ulteriores dilucidaciones.

zación de sus opiniones, el artículo del P. Roig Gironella, *Estado actual de la polémica en torno al orteguismo*, en *Espíritu* 30 (1959) 89-97; y el estudio *Ortega aquí y ahora*, de Muñoz Alonso en la obra *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*, pp. 440-47.

³⁴ ARANGUREN, J. L. L. *Los sueños de María Zambrano*, *RevOcc.* 35 (1966) 208.